

LA SOCIEDAD COMO DESAFIO ETICO

Claudio di Girólamo

Nos remite la pasión de Chile como gran espacio de la cultura, la democracia y el desarrollo. Nos reúne un libro que apuesta a la edición de una trama de lo que nos pasa como país, donde nuestras conciencias se adentren en sus diversos trasfondos, supuestos, explicitaciones y silencios.

En este texto concurren distintos enfoques, temas y búsquedas. Se trata de un escrito que es un punto de reunión y de diálogo. Es a partir de las biografías teórico-intelectuales de cada autor que se constituye un espacio del pensamiento que expresa en un grado significante la resonancia de las voces y de las visiones de varios de los pensadores y artistas de nuestro país.

Reflexiono desde una urgencia y un empeñamiento, desde la vinculación entre ética, cultura y sociedad.

La aspiración al desarrollo de la sociedad está fuertemente ensamblada al imperativo de construir una relación decente entre los seres humanos. Esto exige ser solidario, tener la capacidad de respetar las visiones de los otros y ser sensible con uno mismo y con los demás, asumiendo que todo lo humano nos interesa. Si bien puede ser que jamás logremos, en un plazo humanamente predecible, llegar a una sociedad suficientemente igualitaria, donde un hombre y una mujer valgan lo mismo, desde una perspectiva moral, resulta indispensable buscarla una y otra vez.

Si no lo hacemos, se va a producir una situación en la cual el hombre seguirá siendo el *lobo del hombre*.

Muchas veces el hombre cruel es, al mismo tiempo, despiadado con su entorno e insensible con él mismo, de manera que mata su alma y sus relaciones con los otros, agotando sus posibilidades sensibles. Es decir, elimina tanto al texto como al contexto.

Una sociedad en la que se impone la crueldad no tiene futuro como tal; el concepto de sociedad y cruel no pueden coexistir, porque con la crueldad desaparece el ideal y el orden ético que sustenta a la sociedad.

Asumiendo esta realidad, ¿Cómo podemos reflexionar desde allí acerca de Chile?, ¿A partir de qué tensiones de la solidaridad y el bien común?. Creo que en nuestra sociedad hay un primer gran tema que, tal vez, por un singular tipo de pudor, ha sido muy trivializado: es aquel de la construcción de la alegría. Es decir, el tema de tratar de fundar una sociedad alegre. Recuerdo que un viejo adagio del Medio Oriente dice que *cuando el hombre piensa Dios ríe*.

La alegría tiene que ver con la manera en que la gente usa su inteligencia. La alegría es solidaria, es aguda, inteligente y colectiva. Pero también, es astuta, porque devela, detrás de las apariencias, los procesos y lógicas que construyen la realidad.

El tema de la alegría es clave. Lamentablemente, no es materia de los tratados convencionales de la filosofía política. La alegría aparece en la literatura, en el teatro, en la música, en el cine, pero no es considerada un problema de la vida real y no tiene la dignidad de cátedra de los grandes temas.

Recordemos que para los griegos, que reflexionaban a través del drama y filosofaban sobre lo inmediato y lo trascendente de manera integrada, la tragedia y la comedia se condensan de manera constante. La alegría era para ellos, simultáneamente, una crítica y una terapia.

La alegría está relacionada con la salud mental, tiene que ver con qué se hace con el tiempo, cómo tratamos a los otros, cómo educamos a los niños y cómo nos vemos a nosotros mismos. Y esto, es, justamente, una de las importantes cosas o lo que nos falta como país.

Necesitamos construir una sociedad que ría, una sociedad sensible, que recupere los espacios de reflexión, las tertulias, el tiempo creativo y las ganas de compartir las utopías personales y colectivas.

Lo alegre remite a la medida, a la consideración de los tiempos en que se incrustan los procesos humanos, establece vínculos entre fenómenos aparentemente lejanos y nos obliga, de esta manera, a considerar la vida como proceso.

Nuestra tierra ostenta los valores de una sociedad muy joven en un continente con una historia muy larga. Y, en tanto unidad nacional, está a punto de cumplir los dos siglos. La cultura occidental de América Latina, dentro de la cual se inserta la historia de nuestro país, es relativamente nueva comparada con las culturas originarias del continente. Recordemos que siglos antes que llegaran los europeos a estos inmensos lugares ya existían civilizaciones complejas que marchaban por otras rutas de la historia. Donde su propio concepto de tiempo, de existencia, de vida y de muerte escapaban al formato de historia occidental. Era otra historia.

Para repensar nuestra existencia como país, como subcontinente, pero también como individuos, debemos reconocer y explicitar que somos

herederos de dos tradiciones riquísimas del pensamiento humano. La que transcurre por la ruta de occidente, desde Grecia hasta hoy, y la que proviene de las diversas civilizaciones precolombinas.

Hago estas alusiones a los tiempos y a la historia, con el propósito de enfatizar que todo proceso humano debe ser analizado desde una perspectiva temporal y compleja, para poder entender sus marchas y contramarchas. Nuestras premuras y urgencias pueden arrasarse con conquistas y sensibilidades culturales que son indispensables para una vida plena y creativa. La delicadeza frente al tiempo y frente a los ritmos de la existencia, nos permite caminar con todos los que constituyen nuestra sociedad respetando sus visiones de mundo.

Si miro una muralla desde corta distancia, será difícil darme cuenta que puedo encontrarme frente a la Muralla China, una de las pocas construcciones que puede ser vista desde el espacio. La cercanía impide la perspectiva, la visión de conjunto.

Y esto ocurre en el caso particular de nuestra historia, que es muy reciente. La sociedad chilena es una sociedad que nació y se construyó a partir de grandes ordenamientos de la población y de la cultura, de manera muy difícil. Nuestro país está localizado en un lugar de climas extremos, de una geografía difícil, es una tierra que no se deja conquistar sin esfuerzo. Nos constituimos como nación en diversos procesos de ocupación que implicaron conflictos y dejaron huellas en nuestra historia.

El diálogo con la historia y el conocimiento de sus entramados, permite asumir nuevos encuentros, recuperar la capacidad de reconstruir relatos a partir de enfoques múltiples, integrando las vivencias, sueños, y sufrimientos de todos los que han sido parte de nuestros procesos de construcción como país, sin dejar a nadie fuera, incluyendo y no excluyendo.

Chile fue fundado en un libro. Chile existe primero en *La Araucana* y después como nación. Es Alonso de Ercilla, en su poema, el que funda Chile, otorgándole ciertos rasgos míticos y dando origen a una gran epopeya. Todo

país es una creación es, en grado significativo, una síntesis de voluntades y pasiones. Su construcción no responde exclusivamente al ámbito de las cosas, aunque sean importantes, sino también al ámbito de los sueños. Los países no se fundan en un sólo sueño, ni se desarrollan porque una manera de concebir el futuro se supone mejor que otra, sino que se conforman a partir de la concurrencia ininterrumpida y sin fin de los deseos y los sueños de toda la comunidad.

La alegría y la historia son componentes indispensables de la existencia de un país. La historia siempre ha estado presente en los discursos que lo conceptualizan; pero reconozcamos que no hay una historia única, hay múltiples historias que deben convivir en un diálogo para configurar el concepto de identidad, para penetrar en categorías como la cultura y la existencia de la cual dependen: la existencia de todos los días. La alegría no ha estado en la gran historia, no es parte de los textos fundantes, sin embargo, cohabita en el habla cotidiana, en la cultura popular, en la creación artística y en la manera en que asumimos la realidad social. Apelar a ella es apelar a la fraternidad y a la capacidad de integración, es convocar más al sentido que a la ceremonia, al humor más que a la conmoción.

Parece que estamos ingresando a los territorios limítrofes de un cambio civilizatorio. A nivel planetario, somos muchos y muy diversos los que estamos llegando, dolorosamente y después de inmensos costos, a la convicción de que diversidad y tolerancia son indispensables para que la especie tenga futuro. La diversidad hace referencia a los criterios de inclusión, tiene que ver con la capacidad de construir pensamientos y acciones complejas, abarcadoras, matizadas. La tolerancia a asumir el pensamiento crítico como parte integrante del concepto de desarrollo y cultura. La historia de las tradiciones críticas han sido capítulos magníficos de la historia del pensamiento, el arte y la ciencia.

Pienso que hay cierta urgencia en la necesidad de reconceptualizar solidariamente nuestras sociedades, nuestras vidas y nuestro propio país. Buscando un tipo de diálogo que remita a una situación de todos, a una comunicación abierta, a un entendimiento que sume y no reste.

Esto implica a todos los que, de distinta manera, gestan mensajes, conceptos, información y opiniones. Desde las conversaciones inmediatas dentro de las cuales estamos implicados, hasta el rol de los medios de comunicación, las universidades y las instituciones.

Se trata de asumir la comunicación como parte intrínseca del concepto de desarrollo y democracia. Parece claro que comunicar es producir y reinventar lo social a través del habla o del símbolo y, en la medida que éstos sean solidarios y abiertos, serán también espacios de diversas voces, opiniones e intereses. Este esfuerzo implica, en última instancia, entender que la principal forma de aprendizaje de la especie humana se produce a través de la ternura, de la sensibilidad y de la delicadeza con el otro. El concepto de sociedad decente, al que ha apelado, contextúa esta preocupación. La ausencia de ternura dificulta la comunicación y termina generando incertidumbre y una lógica de violencia que destruye incluso al destructor.

En Chile, hoy hay más tolerancia, pero estamos lejos de llegar al punto en el cual esto sea parte de la cultura de la vida cotidiana. Nuestras urgencias materiales, por el momento, ahogan nuestras necesidades espirituales. Como se sabe, la noción de desarrollo no se agota en la de crecimiento económico, sino que implica, sobre todo, procesos culturales, psicosociales, ecológicos y emotivos. Tiendo a pensar que es urgente, si me permiten la comparación, aumentar nuestra capacidad de competencia emotiva y comunicacional frente a una categoría de competencia que se congela en lo exclusivamente económico.

La cultura constituye el indicador decisivo del desarrollo, porque es alrededor de ella que se agrupan otros procesos como los del arte y educación. No tengo la pretensión de reconceptualizar cultura, pero permítanme decir que tiene que ver con la capacidad de reencantar al mundo, de reinventarlo para

dotar a la vida de sentido y significación. La ausencia de la cultura como proceso humano es la bestialidad y la locura, es decir, la destrucción de cualquiera posibilidad de convivencia y desarrollo,

Tengo la convicción de que, hoy en Chile, estamos asistiendo a uno de los procesos más originales y expansivos de la creación cultural de este siglo.

A pesar de las grandes dificultades económicas que los gestores y artistas viven y, también, de los atrasos institucionales que dificultan nuestro despliegue, estos fenómenos de creación están significando de manera creciente el aporte de una gran originalidad, repercutiendo favorablemente en el pensamiento teórico e intelectual del país. Este es uno de los fundamentos decisivos de mi optimismo. Sé que quedan múltiples y grandes dificultades que superar, pero en la medida en que el mundo del pensamiento y la creación se ensanchen, el territorio de la convivencia, la inteligencia, la creación y la originalidad encontrará su continente.

Santiago, mayo 24 de 1999